¿ES POSIBLE ELEGIR EL SEXO? Posiciones sexuadas e identidades de género

Lic. Alicia Hendel

Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina.

hendelalicia@gmail.com

Asistimos a tiempos de incertidumbre y cambios cada vez más veloces. Desde hace décadas, las teorías de género y cierta parte del feminismo, ponen en cuestionamiento la visión patriarcal de la organización de la familia, que ordena la sexualidad alrededor del binarismo hombre-mujer bajo el ideal normativizante de la heterosexualidad y la palabra incuestionable del padre en la familia. Una de las consecuencias de dicho ideal, ha sido la tendencia a la postergación de los derechos de las mujeres, como también a la censura, discriminación y patologización de toda sexualidad que se desvíe de esa norma. Hoy día en cambio, la mujer opina a la par del hombre y hay parejas hétero y homoparentales que se reparten los roles de orden y cuidado.

Desde principios del siglo pasado, asistimos a la declinación de la figura del padre como portador de autoridad y Saber universal, que sostiene la normativa binaria heterosexual. En su lugar, vemos surgir una multiplicación de saberes o Nombres del Padre, donde ninguno asume la centralidad de la ley y emergen distintas nominaciones de

Para citar texto: Hendel, A. (2023). ¿ES POSIBLE ELEGIR EL SEXO? Posiciones sexuadas e identidades de género. Grupo Psicoanalítico del Oeste. https://www.grupopsicoanaliticodeloeste.com/jornadas

género lanzadas aparentemente al infinito, que agrupan a los sujetos en torno de diferentes modalidades de goce y de subjetivación erótica.

En paralelo, se promueve un discurso epocal que sustenta la fantasía de que habría una libertad de elección sin fronteras, donde se proyecta la ilusión del acceso a un goce sin castración donde cada quien puede hacer lo que quiere. Este discurso es alimentado por la omnipotencia que promueve el desarrollo tecnológico y el discurso de la ciencia, que parecen poder atravesar todo límite imaginable: acceder al cuerpo deseado y el objeto ideal, soslayar enfermedades, eliminar la angustia, incluso abrazar la fantasía de alcanzar la inmortalidad. La promesa del acceso al goce, se ha instalado como mercancía a través de objetos de consumo y medicamentos que prometen la felicidad.

El afán de eludir la castración, no es un invento nuevo. No hay que caer en el facilismo de que antes había orden, se vivía mejor y hora no. O que antes todo estaba prohibido y ahora todo está permitido. El aparente corrimiento actual de los límites dando lugar a nuevas libertades, engendra el surgimiento de nuevas barreras. El sujeto encuentra más el límite afuera que en su interior, al chocar con la imposibilidad que le ofrece lo real del cuerpo, los otros y el lenguaje. Para el ser hablante, el objeto ideal para la satisfacción absoluta está perdido, sólo podemos encontrar sustitutos que siempre nos dejan la vivencia de cierta incompletud y nos lanza a una nueva búsqueda. El ser humano siempre sueña con la libertad y a su vez, necesita del límite y el límite también lo trae la estructura, el lenguaje recubre lo real, pero no lo representa por lo cual toda significación deja caer una

pérdida de sentido.

Desde nuestra visión psicoanalítica, sabemos la importancia que tiene para un niño la presencia del amor y el deseo parental que trasmiten determinados ideales que establecen normas que encauzan la satisfacción pulsional y aportan identificaciones al yo, sin los cuales el sujeto quedaría sumido en el abandono y la disgregación psíquica. Algo que observamos permanentemente en la práctica clínica y sin embargo no se trabaja lo suficiente, es la tremenda importancia que tiene el deseo de los padres en la sexuación de un sujeto. Una niña púber pregunta a su padre ¿qué es mejor, ser hombre o mujer? ¿qué alcances encierra la pregunta de esta niña al padre? ¿percibe un deseo femenino en el padre e interroga su virilidad? ¿Acaso lo interroga sobre quién administra la ley en la pareja parental, quién tiene el poder? ¿le pregunta acaso, si desea tener una hija mujer?

En su libro “Un departamento en Urano”, Paul Beatriz Preciado (2019) se declara disidente del sistema sexo-género. No se percibe hombre, ni mujer, ni heterosexual, ni homosexual, ni bisexual, tampoco se considera transexual. En un tono estremecedor, relata el instante en que, siendo una niña de tres años, sintió que la transexualidad le atravesó el pecho. Fue el momento en que escucha a su padre “tratar de sucias tortilleras a dos chicas extranjeras que caminaban de la mano por el pueblo”. Podemos pensar que en ese instante asistió al brutal rechazo del padre hacia la sexualidad y el deseo femeninos que ella encarnaba. ¿Fue la puesta en acto de un deseo femenino del padre, fuertemente rechazado a nivel inconsciente? Con su nuevo

nombre, Paul, quiso atreverse a “darse un nombre sin historia, sin memoria”, pero sabemos que lo sin memoria y sin vida no existe, no tenemos acceso a lo real sólo podemos tener acceso a los significantes. Cuando inicia el tratamiento hormonal, comenta que su voz se vuelve más grave y no se reconoce en ella, tampoco lo hace su madre. Inmediatamente reflexiona que quizás “se vuelve explícita una distancia que siempre existió” y se pregunta si realmente alguna vez fue su hijo.

Una persona que se designa de género fluido, declara no ser “ni totalmente hombre, ni totalmente mujer y en esa identidad vivo, por un lado, como una certeza y por otro lado cierta incertidumbre”. Según sus palabras, el paradigma binario hombre-mujer, “tiende a cargar de prejuicios el cuerpo de la persona, de lo que hay entre las piernas”. Observamos el conflicto que se juega en torno de la diferencia sexual anatómica y la necesidad de asumir una identidad sexuada para darle un destino al deseo sexual genital.

Tanto Freud como Lacan, colocan la sexualidad en el centro de todo lo que sucede en el inconsciente y la vida psíquica, pero ocupa ese lugar precisamente porque no trae un saber respecto de cuáles son los caminos y el objeto adecuado para la satisfacción. La sexualidad se presenta estructurada por pulsiones parciales que no llegan a conformar una tendencia que las unifique en un fin sexual único en torno a un objeto específico. Tampoco la erogeneidad genital, el coito o la procreación constituyen necesariamente el fin de la sexualidad adulta. No hay nada en la naturaleza de la pulsión que impulse a un

sexo a experimentar atracción hacia el otro.

La diferencia anatómica de los sexos, no determina entonces por sí misma ninguna sexuación como tampoco la influencia cultural, que empuja a adoptar una identidad determinada (la llamada vía performativa del sexo). Cuando el cuerpo es capturado por el lenguaje, la diferencia sexual anatómica se convierte en una diferencia significante en términos de hombre-mujer, ya que es a través de oposiciones significantes tales como el día-la noche etc. que el lenguaje recorta y significa lo real, pero esa relación entre cuerpo y significante no determina ninguna esencia. Esto hace que, a nivel del inconsciente, sea imposible la inscripción del sexo en los términos macho-hembra. Si así fuera, la relación entre los sexos estaría pautada como sucede con el instinto animal, “a cada uno su cada una” (Lacan, 3/3/1972), todo funcionaría sobre rieles y estaría al servicio de la reproducción. Lo llamativo del planteo freudiano, es que lo que designa la diferencia de sexos, es un mismo significante, el falo, que representa el sexo a nivel inconsciente.

Para el psicoanálisis, la sexuación, es un proceso que se lleva a cabo a nivel inconsciente, a partir del momento en que niños y niñas reconocen que la madre es deseante y está privada de falo. La incidencia de la función paterna, hace caer la omnipotencia adjudicada por el niño a su madre y lo desaloja de la ilusión de ser el objeto exclusivo de su deseo, de ser el falo que la colma. Sexuarse es corte, separación y límites a la idea de una unión complementaria con el Otro. Si ya no se es el falo de la madre ni ella lo tiene, se abre la

pregunta por la identidad sexual y el objeto de la elección amorosa. ¿Se es mujer, se es varón, las dos cosas o ninguna?

A partir de este momento, la diferencia anatómica de los sexos requiere ser significada y fálico-castrado es la manera de representar la diferencia a partir de la prevalencia imaginaria que cobra el pene del varón como representante del sexo, como símbolo de potencia y completamiento narcisista, frente a la ausencia de un significante equivalente a nivel del narcisismo en el cuerpo femenino para representar su sexo. Fálico-castrado es la manera de representar la diferencia de sexos, pero ni el pene del varón es el falo ni al cuerpo de la mujer le falta algo. En la lectura que realiza Lacan del Edipo freudiano, el falo no pertenece al hombre o le falta a la mujer, pertenece al inconsciente, a la estructura del lenguaje. Es el significante del deseo, de aquello que siempre falta al deseo para alcanzar la satisfacción plena y el ser hablante intenta permanentemente significarlo, es lo que causa la incesante búsqueda de nuevos objetos y significados sobre lo que se desea. El falo nunca está ni deja de estar, cumple la función de semblante de lo deseado y cualquier objeto o significante puede asumir valor fálico. La sexuación de un sujeto depende de cómo procesa la castración materna, de qué manera recupera esa satisfacción narcisista que se desprende de la relación con la madre y se desplaza a la relación erótica con un objeto exogámico. Impulsado por su incompletud, cada sujeto va a buscar lo que le falta en el compañero sexual, intentando evocar el falo bajo la apariencia de serlo o tenerlo, en las semblanzas que asumen sus cuerpos, sus comportamientos, la vestimenta o su nominación de

género, para darle un destino al goce sexual. Produce de este modo, un encuentro y también un desencuentro entre los hablantes ya que hace de mediador en una permanente dialéctica de presencia y ausencia, en palabras de Lacan “(…) La sexualidad es el terreno en que no se sabe con qué pie bailar a propósito de lo que es verdad” (1967).

Existen tantas posiciones sexuales como sujetos, siendo la solución siempre singular. La ruptura del binarismo es algo así como la ruptura de la castración, de un goce regulado que dice, si se es hombre, se pierde la feminidad y si se es mujer no se tiene pene, pero se tienen otras cosas. Ambos van a tener beneficios y pérdidas. El hombre se angustia por satisfacer a la mujer y nunca lo logra totalmente, lo que tiene no sirve para tanto como él cree, porque el pene no es un falo y se siente castrado. La mujer se aferra a su cuerpo, desarrolla formas, rasgos fálicos, en un intento de recuperar algo que se perdió para siempre, que fue creerse el falo para la madre e intenta serlo para el hombre. El binarismo ofrece una oposición significante que resguarda la diferencia que las diversidades sexuales tienden a diluir, lo cual no impide que persistan fantasías y deseos masculinos y femeninos en ambos sexos. La posición sexual es la manera ilusoria en que cada sujeto intenta sortear la castración y cree alcanzar lo deseado. El sujeto binario tiene la ilusión de que él tiene el falo y ella lo es y cuando se da el encuentro sexual, ella descubre que el pene no es el falo y él que ella tampoco lo es. Lo que realmente busca el deseo es inalcanzable.

Hoy se ofrece como atractivo lo que se diferencia de lo establecido,

incluso lo indefinido o fluido, posición nominada por el significante “trans”. Los sujetos desean circular entre o por fuera de lo femenino y lo masculino, significantes que, a pesar de ser rechazados, continúan cumpliendo la función de referencia de lo que no se desea ser o se desea reinventar. Unos dicen poder fluctuar, otros sienten no ser ni totalmente hombre ni totalmente mujer, hay quienes desean circular por fuera, como los agénero, otros desean decidir su elección amorosa, independientemente de los genitales del partener. Observamos que se intenta eludir el orden de la diferencia y se reivindica la posibilidad de no ser determinado por ninguna anterioridad, abrazando la ilusión de que el sujeto se autodetermina a sí mismo, encontrando en esa fantasía la posibilidad de estar más allá de cualquier límite y alcanzar una singularidad aparentemente irrefutable. Estas posiciones quieren romper con el reparto binario de los goces y llevar su deseo a otras combinaciones, ser no totalmente hombre ni mujer, ser hombre si es mujer o viceversa, desear a un hombre y a una mujer al mismo tiempo, ser hombre con apariencia de mujer. Hay una rebeldía a la norma generalizada, a la determinación del Otro y se empiezan a particularizar las normativas. Son diferentes maneras de afrontar la castración.

En el cuestionamiento al binarismo, más allá de que cada sujeto resuelve la falta de falo y lo recupera como puede en la elección de sexo, hay una idea de que en las nuevas sexualidades se va a alcanzar un goce que el binarismo se pierde. El sujeto no binario, tampoco hace lo que quiere. Desde el binarismo hay dos posturas ante el no binario: o se lo observa con horror y rechazo o se fantasea que

accede a una trasgresión y un placer que el binario no se anima. No es así, el no binarismo no es una desmesura, ni una locura, es otra elección. Cualquier elección contiene la ilusión de que esa es la mejor y al mismo tiempo, la desesperación de que no hacemos finalmente lo que queremos.

Para citar texto: Hendel, A. (2023). ¿ES POSIBLE ELEGIR EL SEXO? Posiciones sexuadas e identidades de género. Grupo Psicoanalítico del Oeste. https://www.grupopsicoanaliticodeloeste.com/jornadas